# Oriente

# Oriente



Vicente Blasco Ibáñez

ILUSTRADO

&

PUBLICADO POR

E-KİTAP PROJESİ & CHEAPEST BOOKS




www.cheapestboooks.com

www.facebook.com/EKitapProjesi

Copyright, 2017 by e-Kitap Projesi

Istanbul

ISBN: 978-625-6015-22-7

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta carcasa libro ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio , ya sea electrónico o mecánico, de fotocopia, grabación o por cualquier sistema de información o de recuperación, sin el permiso por escrito forma la editorial.

***

# CONTENIDO

**CONTENIDO**----------5

**AUTOR**----------7

**CAMINO DE ORIENTE** ----------9

**I- LA PEREGRINACIÓN COSMOPOLITA** ---------- 10

**II- AGUAS Y MÚSICA**---------- 16

**III- LAS MESAS VERDES** ---------- 22

**IV- LA CIUDAD DEL REFUGIO** ---------- 29

**V- EL LAGO AZUL**---------- 35

**VI- LOS OSOS DE BERNA**---------- 41

**VII- EL LAGO Y EL CONCILIO**---------- 47

**VIII- LA ATENAS GERMÁNICA** ---------- 56

**IX- EL FESTIVAL WÁGNER** ---------- 62

**X- EL "MOZARTEUM"** ---------- 69

**XI- VIENA LA ELEGANTE**---------- 77

**XII- EL SUBTERRÁNEO DE LOS EMPERADORES** --------- 83

**XIII- ¡HERMOSO DANUBIO AZUL!...**---------- 91

**XIV- LA CIUDAD DE LOS MAGYARES**---------- 99

**EN ORIENTE** ----------105

**XV- LOS BALKANES** ----------105

**XVI- LOS TURCOS** ----------113

**XVII- CONSTANTINOPLA**----------121

**XVIII- EL GRAN PUENTE** ----------129

**XIX- LOS QUE PASAN POR EL GRAN PUENTE**----------136

**XX- EL GRAN VISIR**----------144

**XXI- EL PALACIO DE LA ESTRELLA**----------153

**XXII- EL SÉLAMLIK**----------160

**XXIII- LOS PERROS**----------170

**XXIV- LOS DERVICHES DANZANTES**----------179

**XXV- EL HEREDERO DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»**--195

**XXVI- SANTA SOFÍA**----------212

**XXVII- EL PAPA GRIEGO**----------220

**XXVIII- TURCAS Y EUNUCOS** ----------235

**XXIX- LOS DERVICHES AULLADORES**----------253

**XXX- LIBERTAD RELIGIOSA** ----------260

**XXXI- RESTOS DE BIZANCIO**----------273

**XXXII- LA NOCHE DE LA FUERZA**----------286

**XXXIII- LA ENTRADA EN EUROPA**----------296

# AUTOR

## Blasco Ibáñez:



Vicente Blasco Ibáñez nació el 29 de enero de 1867 en Valencia (España). Era hijo de Ramona Ibáñez y del comerciante Gaspar Blanco. Estudió Derecho en la Universidad de Valencia. Participó en la política uniéndose al Partido Republicano". En 1894 fundó el periódico El pueblo. En el año 1896, fue detenido y condenado a varios meses de prisión. En 1889 contrajo matrimonio con María Blasco del Cacho, hija del magistrado Rafael Blasco y Moreno. Cuando subió al poder Cánovas del Castillo, el escritor se exilió brevemente en la ciudad de París. Fue un autor vinculado en muchos aspectos al naturalismo francés. Por otra parte, la explícita in-

tención político-social de algunas de las novelas de Blasco Ibáñez, aunada al escaso bagaje intelectual del autor, lo mantuvo alejado de los representantes de la Generación del 98. Murió el 28 de enero de 1928 en Menton (Francia)a los 60 años. Entre sus títulos destacan: "Arroz y Tartana" (1894), "La Barraca" (1898), "Entre Naranjos (1900), "Cañas y Barro" (1902), "La Horda" (1905), "Sangre y Arena" (1908) o "Los Cuatro Jinetes Del Apocalipsis" (1916).

## Otros Libros De Ibáñez:

*Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916)

*La Catedral* (1903)

*Sangre y Arena* (1908)

*Cañas y Barro* (1902)

*Entre naranjos* (1900)

*Los enemigos de la mujer* (1919)

*Los argonautas* (1915)

*Los muertos mandan* (1909)

*La Barraca* (1898)

*Mare nostrum* (1918)

*Este libro—algunos de cuyos capítulos aparecieron antes en* El Liberal *de Madrid*, La Nación *de Buenos Aires y* El Imparcial *de México—va dedicado al ilustre periodista*

**Miguel Moya**

*Claro talento, voluntad enérgica,*

*poderoso reformador de la prensa española.*

# CAMINO DE ORIENTE

# I- La peregrinación cosmopolita



Recuerdo que en cierta ocasión tuve en mis manos un ejemplar de la *Gaceta Imperial* de Pekín, y al revolver sus finas hojas de papel de arroz, entre las apretadas columnas de misteriosos caracteres, sólo encontré dos anuncios comprensibles por sus grabados: el que llaman vulgarmente *tío del bacalao*, ó sea el marinero que lleva á sus espaldas un enorme pez, pregonando las excelencias de la Emulsión Scott, y una botella de largo cuello con la etiqueta «Vichy-État».

Pocas empresas en el mundo habrán hecho la propaganda que la Compañía Arrendataria de las aguas de Vichy.

Circulan por las calles de la pequeña y elegante ciudad francesa los pesados carromatos cargados de cajones, camino de la estación del ferrocarril. Marchan las botellas alineadas en apretadas filas al salir de Vichy, para luego esparcirse como una esperanza de salud. ¿Adonde van?... La fama de su nombre les asegura el dominio del mundo entero. Una botella irá á morir, derramando el líquido gaseoso de sus entrañas, en una aldea obscura de las montañas españolas, y la que cabecea junto á ella no se detendrá hasta llegar á alguna población sueca, cubierta de nieve, vecina al Polo; y la otra irá á Australia; y la de más allá arrojará su burbujeante contenido, bajo el sol del África, en un campamento de europeos, de estómago quebrantado por las escaseces de la colonización.

Y así como el agua de Vichy se esparce por el mundo, para llevar á remotos países sus virtudes curativas, los médicos de toda la tierra por un lado, y la moda por otro, empujan hacia aquí á las gentes más diversas de aspecto y de lengua.

París, con ser la más cosmopolita de las ciudades, por la atracción que ejercen sus placeres y sus elegancias, no ofrece el aspecto mundial que el pequeño Vichy, con sus miles de extranjeros. En las primeras horas de la mañana, la muchedumbre que llena el Parque y se agolpa en torno de las fuentes, hace recordar los muelles de Gibraltar ó ciertos puertos de Asia, que son como encrucijadas marítimas, en los que se tropiezan y confunden todos los pueblos y todas las lenguas.

La gente europea, igual y monótona al primer golpe de vista, muestra su infinita variedad de trajes, gestos y actitudes bajo los paseos cubiertos del Parque. Desfilan los ingleses con la cara impasible bajo su pequeña gorra, moviendo al andar sus anchos calzones cortos sobre las pantorrillas enfundadas en medias escocesas; pasan los alemanes con sombrerillos tiroleses rematados por enhiesta pluma; los españoles y americanos, de corbatas vistosas y conversación á gritos; los italianos, que copian con exagerado servilismo las modas británicas; los franceses, todos con una roseta ó una cinta en la solapa. Las mujeres se exhiben envueltas en velos como odaliscas, con el rostro sombreado por el panamá ó el sombrero enorme, de alas caídas y cargado de flores, copiado de los retratos de los pintores ingleses. Las blusas de encajes transparentan en su trama sutil rosadas desnudeces; las faldas, cortas y blancas, dejan en su revoloteo una estela de perfumes. Confundidos en esta avalancha de tonos uniformes, pasan los egipcios y turcos, de levita clara y elevado fez; los chinos, de túnica azul y bonete negro con rojo botón sobre el trenzado pelo de rata; los malayos, de blancos calzones, con femeniles trenzas arrolladas en torno de su rostro amarillo y simiesco; los persas, vestidos á la europea, pero coronando su bigotuda cara con un gorro de astrakán; dos ó tres *rajahs* indios, de albas vestiduras, graves, hermosos y perfumados, como sacerdotes de una religión poética que tuviese por deidades á las flores; judíos sórdidos, cubiertos de sedas tan brillantes como sucias, y moros ricos de Argel y Túnez, *jeiques* de tribu, que ostentan sobre el nítido albornoz la mancha roja de la Legión de Honor y unen á su arrogancia tradicional la satisfacción de hallarse en su propia casa, como

súbditos de la República francesa. Y juntos con estas gentes extrañas se muestran los franceses exóticos, los militares venidos de lejanas Francias, los oficiales del ejército colonial, que llegan á reponerse de las fiebres de los pantanos tonkineses, del sol que devora á los hombres en las casas de tierra de Tombouctu, en los puestos avanzados del Sahara ó en las factorías del Senegal y del Congo; spahis y cazadores de África, de teatrales uniformes; marinos y coloniales con traje blanco y casco ligero de lienzo y corcho.

El agua turbia y burbujeante que salta en las fuentes, bajo una gran cúpula de cristal, es la que realiza el milagro de reunir gentes tan diversas y de origen tan lejano en esta pequeña ciudad del centro de Francia, que hace menos de tres siglos dió á conocer la pluma de Mad. Sévigné.

Nada hay nuevo en el mundo. Lo mismo que la gente viene ahora á las estaciones termales de las que es reina Vichy, iba hace tres mil años, con un fin religioso y de curación al mismo tiempo, á pequeñas ciudades de Grecia, famosas por sus aguas y sus profetisas, buscando á la vez la salud del cuerpo y la certeza del porvenir.

No hay aquí ninguna Pitonisa que, montada en un trípode sobre la fuente de la *Grand Grille* ó de los *Celestinos*, profetice nuestra vida futura; pero diarios y prospectos anuncian la presencia en Vichy de acreditadas profesoras de cartomancia y magia, venidas de París para rasgar los sombríos misterios de lo futuro, á razón de veinte francos por consulta.

No se encuentra una Friné que se muestre desnuda en medio del Parque, como la irresistible cortesana griega, despojándose de sus velos ante los peregrinos enfermos de

Delfos para alegrar su miseria con la regia limosna de la exhibición de sus gracias; pero las Frinés vestidas son legión; se cuentan á centenares: unas hablan francés, otras español, otras ruso; son ortodoxas, heterodoxas, hebreas ó simplemente impías; las hay rubias, morenas, amarillas y hasta negras, y repitiendo á puerta cerrada la suerte de la bella ateniense, ahorran para la campaña de invierno en París ó Marsella, Argel ó Madrid.

Los graves sacerdotes, majestuosos y sibilinos, de este moderno santuario de la salud universal, son los médicos. Ochenta y cuatro he contado en la lista que figura por todos lados, en las esquinas, en los programas de los conciertos, en las cartas de cafés y restaurants, y hasta en las paredes de los mingitorios, para recordar á todas horas al olvidadizo viajero que estos imponentes personajes son los verdaderos soberanos de Vichy, y no debe nadie beber una gota de agua sin previa consulta.

Siendo á modo de grandes sacerdotes, inútil es decir que ocupan las mejores casas de la ciudad, lujosos hoteles, sonrientes *villas* rodeadas de flores, cuyos salones de espera están siempre llenos de clientes.

Con las aguas de Vichy no se puede jugar. Los graves hombres de la ciencia hablan de ellas como si fuesen terribles venenos. Cada vez que hay que aumentar la dosis en un sorbo, conviene consultarles previamente, con un luis de oro en la mano. Causa admiración la sabiduría, el tino con que estos respetables arúspices de la ciencia combinan la toma de las aguas de las diversas fuentes, armonizando unas con otras.

—Un vaso de la *Grand Grille* á tal hora; luego uno de *Celestinos* á tal otra. Más adelante variaremos y serán *Chomet* y *Hôpital*. Sobre todo, nada de prisas. La curación debe seguir su marcha.

¡Nada de prisas!... Lo mismo que los graves doctores piensan los hoteleros de Vichy, los dueños de cafés, los empresarios de teatros, hasta las Frinés del Parque, y esta unanimidad de pareceres convence al viajero, que no sabe cómo agradecer el interés que todos muestran por retenerle á su lado.

En torno de las fuentes, los bebedores de agua, apurando lentamente sus vasos, se preguntan á veces por sus dolencias. Uno tiene enfermo el hígado, otro la garganta, el de más allá sufre diabetes; una señora calla y enrojece, pensando en la tristeza de los árboles, que mueven sus copas sin llegar nunca á dar fruto... ¡Y todos beben lo mismo!

La humanidad, que desprecia la salud mientras la posee, guarda su fe más ciega para los que la consuelan y entretienen en la gran cobardía de la dolencia.

# II- Aguas y música

El sol de las primeras horas de la tarde, filtrándose al través del follaje del Parque de Vichy, extiende un manto temblón de harapos de sombra y retazos de luz sobre la muchedumbre sentada en sillas de hierro, en torno del kiosco de la música. La orquesta, acompañada de lejos por las bocinas de los automóviles que pasan veloces, por el vocerío de los vendedores de periódicos que pregonan las últimas hojas llegadas de París, y por los gritos de los cocheros que invitan á pintorescas excursiones por las riberas del Allier, puebla el espacio con los lamentos de las ondinas del Rhin, llorando el mágico tesoro arrebatado por el maligno Nibelungo, con el melancólico adiós de Lohengrin al alejarse de Elsa, ó con la romántica *Canción de la Estrella* que entona Wolfram, el grave trovador, contemplando el astro del atardecer.

Vichy es la ciudad de la música. Los viajeros que ocupan los hoteles inmediatos al Parque, despiertan, apenas comenzada la mañana, arrullados por el primer concierto del día. El *Sigur*, de Reyer, lanza sus bélicos apóstrofes, ó la *Thais*, de Massenet, se entrega á su mística meditación, arrepintiéndose de sus desórdenes de cortesana, mientras el viajero se viste y se lava y va á beber el primer vaso del día en la fuente de la *Grand Grille*. Luego, á las once, empieza otro concierto en el café de la Restauración, con aditamento de cantantes, y á éste sigue el grande de la tarde, en pleno Parque, que dura hasta las cinco, sin que entre las piezas existan otros intermedios

que brevísimos instantes de descanso, como si la orquesta se avergonzase de su inacción y Vichy no pudiese vivir sin una melodía interminable vibrando en su ambiente. Y á las siete, después de la comida, empiezan á la vez, para durar hasta media noche, tres grandes conciertos en los tres casinos importantes, á más de una representación de ópera en el Gran Teatro y los innumerables concertistas que *actúan* en los cafés y *music-halls*.

Parece como que todos los instrumentistas de Francia vengan á Vichy, durante la temporada termal, para entretener el ocio del público cosmopolita, que digiere las famosas aguas al arrullo de las orquestas. Toda la música del mundo es devorada por el enorme consumo melódico de esta población, que llaman orgullosamente los franceses la *Reine des Villes d'Eaux*. Desde el *Fuego encantado*, de Wágner, hasta la *Jota Aragonesa* y la *Marcha Real*, la música de todos los tiempos y de todos los países halaga los oídos de la muchedumbre extranjera, tropel de aves de paso que llena Vichy durante algunas semanas; y tan pronto suenan las graves notas de una composición de Bach, como se desarrollan picarescos y juguetones los cantos del *género chico* español, y se contonea chulescamente el diabólico tango, haciendo murmurar á los graves señores condecorados: *Ollé, ollé!* y moverse los pies de las señoras, que exclaman: *Comme c'est joli!*

Música y aguas á todo pasto. ¿Y los enfermos?... Los enfermos no se ven en ninguna parte. Á Vichy se viene á descansar. Además, la mayor parte de las enfermedades que curan estas aguas son de «larga espera»: males de estómago,

diabetes, etc., y los dolientes no se diferencian, en su aspecto exterior ni en su gesto, de los sanos. De vez en cuando se ve un señor que, escuchando el concierto, deposita un pie hinchado, enorme, elefantíaco, sobre la silla que tiene delante; pero las bandas de franela y la pantufla son lo único que revela su enfermedad al contrastar con el otro pie calzado de charol. Pasan algunas señoras sentadas en sillones de ruedas, de los que tiran mozos de cordel; pero van pintadas y compuestas como las demás mujeres, con tal estiramiento elegante en su enfermedad y tal respeto de sí mismas, que hacen pensar si en Vichy morirá la gente vistiendo traje de *soirée* al arrullo del último vals de moda.

En los bailes del Gran Casino se ven jóvenes con muletas, ó muchachas que cojean ligeramente, esforzándose por ocultar la flojedad de sus huesos, triste herencia de las diversiones de sus progenitores; pero el frac de los unos y las *toilettes* escotadas de las otras, parecen borrar la gravedad de sus dolencias, y todos sonríen, con un deseo vehemente de divertirse. Cuando suena la orquesta, el que puede bailar, baila, y el que se ve imposibilitado de hacer esto, se mete en la sala de juego.

Vichy se divierte: los enfermos malhumorados, que alborotan en sus casas y llevan á mal traer á los suyos, sonríen aquí, y á las seis de la tarde visten su traje de ceremonia. Venir á tomar estas aguas sin traer un *smoking* en la maleta equivale á un sacrilegio.

Hay que descansar, y aunque una gran parte de los que llegan á Vichy son favoritos de la fortuna, que no conocen la rudeza del trabajo, descansan y descansan, bebiendo dos vas-

os de agua por día y charlando durante el curso de tres ó cuatro conciertos diarios.

Las buenas relaciones entre Francia y España, su acción común en Marruecos, han influído para dar mayor boga á nuestra música. Los mismos compositores de segundo orden, que hace algunos años escribían danzas rusas y melodías moscovitas en honor de la Doble Alianza, producen ahora la *Marche des gitanos*, la *Marche des Aficionados* y otras obras de no menos color, con fragmentos de la *Marcha Real* en sordina, repiqueteo de castañuelas, tintineo de triángulo y golpes de pandero.

La música del género chico, tangos dislocantes, pasacalles alegres, dúos de ligera pasión y jotas alborozadas, al alternar con las obras de los maestros más famosos, alcanza un éxito que no consiguen éstos muchas veces.

Yo respeto y admiro el llamado *género chico*. De sus libretos, dramas comprimidos ó sainetes coloristas, apenas si me acuerdo una semana después de haberlos visto. Pero la música de esas obras es una de las manifestaciones artísticas más respetables y más grandes de la España actual. Se ha hablado mucho de la necesidad de una ópera española. ¿Para qué? España ya tiene su música, que no puede ser más suya. Á los pueblos no hay que forzarlos para que produzcan artísticamente en determinada dirección, sino aceptar lo que den espontáneamente y celebrarlo, siempre que tenga una individualidad marcada.

El ilustre maestro Bretón se ha pasado gran parte de su vida batallando y penando por crear y afirmar la ópera española. Yo he viajado por varios países de Europa sin oir en

ninguna parte fragmentos de sus óperas, que pudiéramos llamar solemnes ó grandes, y en cambio, he escuchado y he visto aplaudir en Francia y en Italia *La verbena de la Paloma*, y la he oído canturrear á gentes de los Estados Unidos.

En Nápoles (país de los concursos de romanzas, que cada año da al mundo una canción de moda) los músicos callejeros y las orquestas de los cafés no tienen otra música amada que la de Caballero, Chapí, Chueca y otros españoles.

En Venecia, la de las serenatas románticas, he visto las góndolas cargadas de cantores y orladas de luces, navegar por el Gran Canal, bajo las ventanas de los hoteles, poblando el silencio de la noche con la «Marcha de los marineritos» de *La Gran Vía*.

Cada país debe alegrarse por lo que tiene, sin detenerse á desentrañar y aquilatar su mérito, pues peor es no poseer nada y no despertar la atención más allá de las fronteras.

La fama de hermosura y gracia de la mujer española la sostienen hoy, desde París á San Petersburgo, todas esas muchachas que, con apodos más ó menos extraños, bailan ó cantan «cosas de la tierra». Sólo cuando aparece en la escena un mantón con flecos y un pavero ladeado sobre un moño con claveles se acuerda el gran público de que existe España. Cuando las orquestas acarician los nervios de la muchedumbre con la música fácil, alegre y bizarra del llamado *género chico*, se enteran en Europa de que existe un arte español y de que en la Península nos dedicamos á algo más que á matar toros.

Á muchos les parecerá un sacrilegio lo que voy á decir, pero no por esto es menos cierto. La música de *La Gran Vía* la tocan más en el mundo y es más conocida que la de *El anillo del Nibelungo*. Ya sabemos que Chueca no es Wágner. Pero la inmensa mayoría de los que escuchan conciertos en el extranjero, aunque fingen por *snobismo* una admiración de personas correctas hacia las obras consagradas, prefieren en su interior el «Caballero de Gracia» á todos los caballeros del Santo Graal.

# III- Las mesas verdes

El Casino de Vichy es una construcción enorme y blanca, con adornos serpenteantes de «arte nuevo». Contiene un teatro espléndido, en el que todas las noches se cantan óperas ó actúan las «estrellas» de la Comedia Francesa y del Odeón, que hacen su *tournée* anual: sala de conciertos, grandes salones de baile, gabinete de lectura, una rotonda con espejos colosales, y el oro chorreando por todas las tallas y adornos de los muros... Es, en fin, á modo de una catedral moderna, dedicada á toda clase de diversiones.

De día se forman elegantes grupos de claros colores, bajo las marquesinas de sus terrazas ó á la sombra de los plátanos de sus jardines; de noche brilla como un palacio de leyenda, marcando con innumerables bombillas eléctricas, sobre la lobreguez del espacio, las líneas de sus cornisas, la esbeltez de sus columnas y las armónicas curvas de su cúpula central.

En este santuario de las diversiones, al que acude todo Vichy, existe como capilla predilecta un salón blanco, enorme y de alto techo, que tiene sus fieles inconmovibles y fijos desde las primeras horas de la tarde hasta las últimas de la madrugada, y en el que se entra con cierto recogimiento, bajando el tono de la voz y aminorando el ruido de los pasos. Imponentes criados de empaque principesco indican al abrir la cancela de cristales que hay que despojarse del sombrero, y el visitante avanza respetuosamente después de esta advertencia, pisando muchas veces las colas de los vestidos femeniles y pidiendo perdón á todas las espaldas que empuja á su paso.

Agloméraseе la gente en torno de una docena de mesas verdes. Junto á ellas están sentados los jugadores de importancia, graves, mudos, con caras de palo y ojos inexpresivos, moviendo las manos cargadas de billetes y fichas sobre los cuadros marcados en la bayeta verde, ó llevándoselas al pelo con lentos rascuñones que delatan la emoción. Contra sus dorsos se empuja y se aplasta la turba de los mirones, que *apunta* de tarde en tarde y sigue con interés anhelante las peripecias del juego; señoras maduras y pintarrajeadas, cubiertas de joyas de empañado brillo; *cocottes* de perfil hebraico; correctos señores condecorados con un *tic* de maniáticos en sus hoscas facciones. Todos se empujan con una vehemencia febril. Brilla en las miradas un fuego malsano. Los ojos, que siguen el vaivén de los azules billetes, entre la paletada del banquero y las manos de los jugadores, son ojos que se ven en los juicios orales ó en la primera plana de los periódicos cuando relatan un crimen sensacional. Pero el aspecto de esta gente no puede ser más correcto y honorable. Ellas, aventureras de incierta nacionalidad y edad misteriosa, descotadas y con grandes sombreros; ellos, elegantes, ostentando en la solapa del *smoking* condecoraciones de raros colores, son hombres de una gallardía profesional que hace recordar á las mundanas retiradas del pecado, y todavía caprichosas, que aparecen una mañana degolladas en su lecho, con la caja de las alhajas vacía.

En Vichy son muchos los que confiesan su llegada sin motivo alguno de enfermedad. Vienen *pour s'amuser*, según declaran con maliciosa sonrisa. Unos, sencillos en sus gustos, encuentran diversión sobrada en el gran rebaño femenino que atrae la fama de Vichy. Otros, más complicados en sus pa-

siones y temibles en sus apetitos, se encierran tarde y noche en la sala de juego del Casino. Los exóticos, los venidos de muy lejos, son los que con más asiduidad se sientan junto á la bayeta verde.

Todas las noches contemplo en un extremo de la mesa donde se juega más fuerte á un fantasma blanco é inmóvil. Es un jeique de Argel. Pálido, con una palidez de hostia, entre la blancura de sus tocas y la orla nevada de su barba, el viejo jeique parece una figura de cera. Sus ojos brillan, inmóviles, como si fuesen de vidrio, fijos en las manos del banquero. Esa frialdad musulmana, desdeñosa y altiva, que permite á los árabes contemplar impasibles las mayores grandezas de nuestra civilización, mantiene al venerable moro inmóvil y sin pestañear. Pierde, pierde siempre, y su vida parece concentrarse en sus manos, que se ocultan bajo las blancas vestiduras, escarabajean en el sitio donde la Legión de Honor se marca como una gota de sangre sobre el nítido albornoz, y vuelven á crujir, estrujando azules papelillos que arrojan ante ellas.

¡Pobre jeique!... Veo praderas abrasadas por el sol junto á un riachuelo africano casi seco. Los grupos de palmeras se destacan en negro sobre el horizonte rojo y oro de la tarde. Los perros flacos y lanudos ladran y corretean en torno de las tiendas; las mujeres, con el rostro cubierto por un trapo blanco, van y vienen, llevando sobre su cabeza un cántaro derecho, ó hunden sus brazos gordos y tostados en la harina amasada, preparando el pan para el día siguiente y haciendo sonar á cada movimiento los pesados brazaletes de cobre. Los pequeñuelos, panzudos, de color de ladrillo, con la cabe-

za rapada y un pincel de pelos en el cogote, corren persiguiendo á los saltamontes. El jefe está ausente; el amo se fué, y una tristeza de orfandad pesa sobre la tribu. El médico del inmediato puesto militar le recomendó unas aguas milagrosas de la lejana Francia, país de maravillas, y allá vive el gran jefe, mientras el campamento parece más solo, más triste. ¡Están lejos los días en que los hombres de la tribu hacían galopar sus caballos y disparaban sus fusiles en alborazada *fantasía*, para recibir al personaje de kepis rojo, que en nombre del gobernador general de Argel colocó sobre el pecho del jefe la cinta encarnada con la estrella de cinco puntas, motivo de envidia y respeto para las demás tribus del contorno!...

Comienza á morir el sol en el rápido crepúsculo africano; álzase en el horizonte la nube de polvo de los rebaños; óyese el trote de los caballos; ladran los mastines, y los jinetes pastores, al echar pie á tierra ante las tiendas, luego de encerrar sus lanudos tesoros, formulan todos la misma pregunta, sin despojarse del fusil ni haber hecho la oración de la tarde: «¿Nada de Francia?...» ¡Nada! Y cuando cierra la noche, los hijos, los yernos, los sobrinos y nietos del ausente, todos los hombres de la tribu, se duermen envueltos en su albornoz pensando en el jefe, interpretando su silencio como una señal de grandezas, que les llenarán luego de orgullo al ser relatadas junto á las hogueras del invierno. Creen en su sencillez que el jeique condecorado alcanza en el lejano país de las maravillas los honores que corresponden al venerado jefe de un centenar de arrogantes centauros. Y á la misma hora, las manos finas y pálidas, manos de cera, dejan sobre la mesa verde, de minuto en minuto, con la regularidad de un reloj

que suena la desgracia, la fortuna y el bienestar de los que sueñan en el lejano campamento africano, bajo la luz difusa de las estrellas, entre el pataleo de las bestias, el ladrido de los perros y el monótono canto de los grillos. Un puñado de papeles azules representa una parte de los corderos que se aprietan durante su sueño, como si presintiesen en el obscuro horizonte la bestia carnicera que ronda; otro, un caballo de larga crin, narices de fuego y patas finas, orgullo de la tribu. Todo lo que el jeique deja en el montón del banquero significa la esperanza perdida de aplacar á Nathán ó á Samuel, el prestamista hebreo, cuando, al llegar el invierno, se presenta en la tienda del jefe á hablar de negocios.

Salgo de la sala de juego, y en la rotonda central, entre brillantes *toilettes*, veo dormitando en un diván á una mujer obesa y morena. Es una judía, relativamente joven, pero con su belleza ahogada bajo una marea ascendente de grasa. El vientre, libre de corsé, se marca como una cúpula bajo la falda de seda de anchas y vistosas rayas; el rostro, moreno y abultado, con los ojos perdidos en bullones de carne y unas cejas gruesas y unidas como una barra de tinta, asoma en el marco de un rebozo de seda y oro, tan majestuoso como sucio. Contempla impasible las miradas de curiosidad de las mujeres, y vuelve á adormecerse, ansiando que llegue el instante de regresar al hotel. Su marido está en la sala de juego, y la buena Rebeca ó Miryam, sumida en su coraza adiposa, aguarda horas y horas, viendo en sus cortos ensueños, como ángeles de luz, algunos nuevos billetes y luises de oro que vengan á unirse al capital que amasan los dos con una avidez de raza.

En todas partes, los usureros, los prestamistas, los adoradores de la fortuna, son los fieles más fervientes del juego. Parece una incongruencia, pero cuanto más se ama el dinero, llegando en esta adoración hasta la manía, más dispuesto se está á arriesgarlo á un azar, con la locura de la ganancia rápida. En España, los principales consumidores de billetes de la Lotería Nacional son avaros que apenas comen. En las timbas y casinos, los *puntos* más asiduos son prestamistas y usureros, capaces de cometer una mala acción por una peseta y que pierden mil sin desesperarse, bajo la ilusión de una próxima ganancia.

Los artistas, los escritores, hombres poco prácticos, faltos de habilidad para conservar el dinero, y que parecen despreciarlo por la prisa que se dan en separarse de él, apenas se sienten tentados por el juego, y eso que no pretenden pasar por ejemplos de virtud. Son muchas veces alcohólicos; el eterno femenino complica y desordena los días y las horas de los más; hasta los hay que en sus pasiones y gustos desobedecen las órdenes de la Naturaleza... pero jugadores tenaces y convencidos yo no conozco ninguno.

Todo jugador es un avaro que desea el dinero de los demás y siente la fiebre de quitárselo sin arrostrar persecuciones de la justicia. En fuerza de adorar al dinero, el jugador acaba por no saber para lo que sirve, y sólo lo admira como una divinidad majestuosa de la que no puede sacarse provecho alguno.

Yo he conocido un viejo famélico y haraposo, que dormía durante la mañana en los bancos del Retiro y pasaba la tarde y las noches en las casas de juego. Comía las sobras de los otros jugadores, asistía con preferencia á los círculos donde

le obsequiaban con algún café, como *punto fuerte*, y cuando perdía, que era las más de las veces, ocultábase por unos instantes en el lugar más nauseabundo de la casa, y extraía billetes de Banco de sus zapatos rotos, del sudador del grasiento sombrero, de las ropas haraposas, esparciendo sobre el tapete verde una parte de sus pegajosos habitantes.

—El dinero se ha hecho para jugar—decía sentenciosamente—. Y lo que quede, si queda algo... para comer.

# IV- La ciudad del refugio

Bandas de cisnes, unos blancos, otros negros, cortan, con majestuosa natación, las atropelladas aguas de un río ancho y azul; casas enormes, de puntiagudos techos, asoman por encima de la arboleda de los muelles; más allá, las verdes colinas se abren, mostrando por el ancho desgarrón una superficie glauca y ligeramente ondulada, como un pedazo de mar; más allá aún, cierra el horizonte una muralla de montañas, esfumadas por la distancia, y entre dos de sus cumbres se ve algo así como un amontonamiento de nubes que á ciertas horas, bajo la luz anaranjada del sol, toma las formas de un bloque inmenso de cristal, con agudas aristas. El río en que nadan los cisnes es el Ródano, que acaba de nacer; la ciudad es Ginebra; el pedazo de mar, el azul lago de Leman, y el cristalino amontonamiento que parece flotar en el espacio, más allá de las montañas, el famoso Mont-Blanch.

En Ginebra la realidad no responde á las ilusiones y simpatías que trae el viajero como producto de sus lecturas. ¿Quién no ha amado á la tranquila ciudad suiza, la *Roma protestante*, que durante dos siglos fué el refugio de todos los rebeldes de Europa, en guerra con los papas y los reyes? El respeto á la libertad humana fué y es aún un dogma religioso del pueblo ginebrino. Teniendo que luchar siglos y siglos contra los duques de Saboya y contra sus propios arzobispos soberanos para conseguir la independencia, los ginebrinos, conocedores de lo que cuesta la libertad, la respetaron siempre en la persona del extranjero. Aquí se refugiaron los ré-

probos perseguidos por la Inquisición española ó por los reyes de Francia; aquí encontraron un asilo, en la República cristiana, gobernada por el ascético Consistorio, todos los que por desear una conciencia libre no encontraban en Europa tierra donde colocar sus pies y una piedra en la que descansar la cabeza; todos menos nuestro compatriota Miguel Servet, víctima de los rencores de Calvino. Aquí vinieron los fugitivos de Francia luego de la revocación del edicto de Nantes, y en los modernos tiempos Ginebra dió asilo á los románticos defensores de la moribunda Polonia, á los revolucionarios italianos, á los revolucionarios españoles, á los apóstoles de *La Internacional* y á los nihilistas y anarquistas, acosados y arrojados de otras tierras como perros rabiosos.

Esta ciudad liberal y clemente, que abre sus puertas en el centro de Europa, como los antiguos templos poseedores del derecho de asilo, ofrece el más rudo contraste entre sus habitantes y su historia. Parece que debiera ser una ciudad de pensadores y de artistas, una república de hombres de estudio, llegados á la suprema tolerancia por la elevación de su pensamiento, y es una población burguesa, llana y monótona, en la que no creo exista una mediana imaginación: un Estado de relojeros pacienzudos y vendedores de peletería, que come bien, fabrica excelentes cronómetros, despacha tabaco barato y da gracias á Dios, cantando lo más desafinadamente que puede, al son de un mal órgano, en el interior de los desnudos templos calvinistas ó en grandes mítines religiosos al aire libre.

En varios siglos de libertad y horizontes sin límites para el pensamiento, Ginebra no ha producido un gran artista ni un

escritor célebre. Toda su gloria intelectual se concentra en Rousseau, ginebrino de ocasión, bohemio inquieto, complicado y enfermizo, que se honró con el título de ciudadano de Ginebra, siendo lo más contrario del pacífico y tranquilo burgués de la ciudad del Leman.

Á Ginebra le basta para su esplendor intelectual con la gloria de las ilustres personalidades que se refugiaron en ella buscando reposo: desde el batallador español Servet que, huyendo del brasero inquisitorial encendido en nombre de Cristo, cayó aquí en la hoguera, iluminada en honor de la Biblia, hasta Voltaire, Rousseau, madame Stael y los modernos revolucionarios, como Bakounine, Mazzini, etc.

El recuerdo de Rousseau llena la ciudad de Ginebra, y el de Voltaire sale en los alrededores al encuentro del viajero.

Los cisnes blancos, que mueven su cuello sobre las aguas como serpientes de marfil, y los cisnes negros de pico de escarlata, se refugian tras una isleta que marca el límite donde el lago Leman se convierte en el impetuoso Ródano. Es la isla de Rousseau. Hoy está convertida en pulcro paseo, con una estatua del pensador, y ocupa el verdadero corazón de la ciudad. Hace siglo y medio era un apacible retiro, algo agreste, donde el artista meditaba sentado en la hierba, bajo la sombra de los grandes álamos, con los ojos fijos en el azul horizonte del lago.

En este paisaje sonriente y dulce, que parece exhalar un intenso amor á la Naturaleza, inspirando nuevos entusiasmos por la vida, se comprende la originalidad artística de Rousseau y su poderosa influencia literaria, que aun dura y durará por los siglos de los siglos. Rousseau introdujo la Naturaleza